

EDITORIAL

Desde la época prehispánica, el chicle, la savia o látex del chicozapote (*Manilkara zapota*), fue parte de la vida cotidiana de los antiguos mayas; la resina era extraída en pequeñas cantidades para su uso, se empleaba en ofrendas para las deidades y ancestros, posiblemente para preparar fardos funerarios, así como para limpiar la dentadura, producir saliva y mitigar la sed, entre otros usos.

Los mayas fueron los primeros en masticar chicle y para ellos el árbol de chicozapote, el cha' o sikte', representaba el árbol de la sabiduría, árbol mujer, árbol madre al que la leche de la tierra le escurre por su tronco, y lo veneraban por brindarles su savia, alimento y sombra.

En los albores del siglo XIX, muchos fueron los campamentos chicleros que se establecieron en el estado de Campeche; el trabajo del chiclero era extenuante, se trabajaba de sol a sol, era un rudo encuentro con la naturaleza para extraer la savia del chicozapote.

Es por ello, que en esta edición de Glifos, hemos reunido los trabajos de un grupo de expertos en el estudio de los campamentos chicleros en la península de Yucatán; indus-

tria que tuvo su auge durante el siglo XIX y hasta mediados del siglo XX; misma que vio poblados nacer y crecer, así como compañías foráneas llegar, exportar y retirarse de la región, dejando vívidos recuerdos en la memoria de los pueblos locales.

De la pluma de Teresa Ramayo Lanz presentamos, Los chicleros mayas de los Chenes, Campeche, artículo que relata los orígenes de los mayas cheneros, quienes pasaron de peones de hacienda a chicleros. Explica que la extracción del chicle, se incrementó a medida que iniciaba el siglo XX y que constituyó la actividad económica dominante en la península de Yucatán en ese período.

Posteriormente, Claudio Vadillo López presenta Campamento chiclero y vida cotidiana en la empresa The Laguna Corporation 1890-1953 en la región de Laguna de Términos, Campeche, el cual hace un recorrido por la historia de dicha compañía en la región, desde su llegada hasta su debacle, añadiendo una serie de testimoniales de quienes presenciaron y trabajaron la industria chiclera.

A continuación, Alejandro Morón Ríos presenta El chicle, la botánica y la arqueología en el sur del estado de Campeche, artículo donde hace un recorrido desde los usos prehispánicos de la resina del chicle, hasta la llegada de las compañías que trabajaban este producto, tales como The Laguna Corporation, Chicle Development Company y Mexican Exploitation Company. De igual manera, abunda en la exploración botánica y arqueológica de la región, la cual contribuyó al incremento del conocimiento de la vasta flora de la zona y de la antigua cultura maya.

Ubaldo Dizb Can comparte Dependencia, extractivismo y crisis de la economía chiclera en 1890-1947, donde hace un análisis de las contradicciones y limitaciones de la economía extractivista dependiente y frágil que, en sus palabras, ha ca-

racterizado la mayor parte de la historia económica de la entidad.

Por su parte, Gilberto Avilez Tax detalla en *De fronteras y puertas a la Montaña chiclera al sur de Yucatán*, una mirada al paisaje chiclero de la Villa de Peto, en Yucatán, donde mediante relatos y notas periodísticas, relata como aquellos que trabajaban el chicle dieron vida a los poblados que hoy en día se encuentran en el sur de Yucatán y que colindan con Quintana Roo, así como el día a día de estos esforzados trabajadores.

Finalmente, el suplemento de esta edición lleva por título *Campeche imaginada*. Investigación y divulgación, trabajo de Pedro Luengo Gutiérrez, quien se refiere a las demoliciones, restauraciones y resignificaciones que tuvo el complejo amurallado de la ciudad de Campeche puntualizando que, aunque la población local sigue interpretándolo solo como un mecanismo de defensa ante los piratas, en años recientes se han propuesto otras perspectivas más enriquecedoras.

En resumen, la chiclería fue una actividad tradicional y arraigada en la vida de las comunidades rurales de Campeche, Yucatán y Quintana

Roo; a pesar del enorme desgaste físico que representó para los chicleros, esta actividad proporcionó empleo a miles de personas, y representó una forma de sustento y desarrollo económico para las familias tanto de los encargados de recolectar la resina de chicle, como para los trabajadores de las plantas procesadoras. Tampoco hay que olvidar a las cocineras de los campamentos chicleros que, soportando el abrumador clima de la selva y el asedio de muchos, se las arreglaron para garantizar la subsistencia de los trabajadores, dejando huella en el nombre de poblados como La Moza o La Presumida, en los actuales Campeche y Quintana Roo.

La producción de esta materia prima generó una importante actividad económica en la región ya que el chicle extraído se vendía a compañías procesadoras, que a su vez lo transformaban en goma de mascar y otros productos que se exportaban a nivel nacional e internacional, generando importantes ingresos y contribuyendo al comercio regional y nacional.

Los campamentos chicleros también jugaron un papel importante en la localización de sitios arqueológicos en la región de Campeche, Yucatán y Quintana Roo. Durante el auge de esta industria, los chicleros exploraban la selva en busca de árboles de chicozapote para recolectar la resina. En su exploración, se adentraban en áreas remotas y poco conocidas, lo que los llevaba a descubrir vestigios arqueológicos ocultos en la selva, contribuyendo a ampliar el conocimiento sobre la antigua civilización maya y a la identificación de sitios arqueológicos desconocidos hasta entonces. Estos descubrimientos han sido de gran valor para la comprensión de la historia y la cultura de los antiguos mayas en la región, que al día de hoy forman parte del gran patrimonio cultural de México.

Adriana Velázquez Morlet